

Leonardo Gasparini

Recortes *

Capítulo 10

Objeciones

Los argumentos contrarios a las políticas sobre fecundidad provienen de varios frentes. En primer lugar hay objeciones morales. La decisión de engendrar un hijo es una de las más profundas que toma una pareja: el Estado no debería entrometerse en esa instancia tan privada y trascendental. Un segundo argumento recuerda que el análisis de las decisiones de fecundidad tiene que necesariamente ir más allá de la dimensión económica. La llegada de un hijo puede reducir el ingreso per cápita, pero eso poco importa si aumenta la “felicidad” del hogar. Finalmente, un tercer argumento señala que en el caso de parejas en situación de vulnerabilidad, tener muchos hijos sí puede ser una buena decisión económica. Si bien una familia numerosa reduce el nivel de vida actual, ya que hay que repartir el escaso presupuesto entre más bocas, aumenta la probabilidad de que uno de los hijos contribuya a mantener a sus padres, cuando estos envejecen. En América Latina existe una correlación muy fuerte entre el porcentaje de adultos mayores con seguridad social y la tasa de fecundidad de los adultos jóvenes. Por supuesto que esa correlación puede responder a muchas razones, pero una es la que estamos sugiriendo acá: si el Estado no está presente para proteger a los adultos mayores cuando ya no pueden trabajar, estos tienen que asegurarse de alguna forma: una de ellas es tener suficientes hijos.

Estas tres objeciones, basadas en cierto rechazo al paternalismo público, no necesariamente descartan cualquier intervención estatal. Aun reconociendo que nadie mejor que la pareja para pensar y decidir cuál es el número óptimo de hijos, se puede seguir fomentando una activa acción estatal en temas de

* Este documento incluye recortes y material descartado correspondiente al libro *Desiguales* de Leonardo Gasparini (Edhasa, 2022). Por favor, no usar sin permiso.

fecundidad, brindando educación sexual, información sobre planificación familiar, subsidios a métodos anticonceptivos e incluso incentivos económicos que las personas con total libertad pueden aceptar o no.

La desigualdad puertas adentro

Las estadísticas distributivas que aparecen en la prensa, las que forman parte del debate de política, las que usamos los académicos; todas tienen un problema: ignoran por completo lo que pasa puertas adentro de una familia. Si en un hogar se obtienen ingresos por \$1.000, se asume que esos ingresos familiares se destinan a comprar bienes y servicios de una manera perfectamente igualitaria, sin ningún tipo de ventajas a ciertos miembros o discriminación con otros. Si el hogar en cuestión tiene 4 miembros, un reparto totalmente igualitario del ingreso total familiar de \$1.000 implica un ingreso de \$250 para cada uno. Ese valor es el *ingreso per cápita familiar* de cada miembro del hogar y es la variable principal que se utiliza en el análisis y las discusiones distributivas en el mundo.

Pero el reparto igualitario puertas adentro es solo un supuesto, que puede o no corresponderse con la realidad de cada hogar. De hecho, hay evidencia que sugiere que los recursos dentro de algunos hogares no son equitativamente distribuidos. El sesgo más estudiado es el vinculado al “jefe” de hogar. Con ese término - inapropiado y pasado de moda, pero todavía usual en la jerga de las estadísticas sociales - se suele identificar a la persona que aporta una mayor proporción de los ingresos: el principal sostén del presupuesto familiar. En algunos hogares las decisiones de gasto están dominadas por el “jefe”; es él (mucho más común que sea “él” y no “ella”) el que se apropia de una fracción superior de los recursos mediante la decisión de asignar el presupuesto familiar de manera desbalanceada respecto de las necesidades de cada uno. A veces no es la persona que aporta mayores ingresos al hogar sino quien ocupa alguna posición de poder, quien está en situación de torcer las decisiones de gasto en su favor. En cualquier caso, en América Latina el “jefe de hogar” es típicamente un hombre adulto por lo que el sesgo en la distribución del presupuesto de gastos familiares reduce el nivel de vida relativo de las mujeres y los niños del hogar. Este argumento, de hecho, ha sido utilizado en el diseño de muchos programas recientes de transferencias monetarias en América Latina. En lugar de asignar el pago del subsidio a cualquier miembro del hogar vulnerable, en muchos países se le otorga la transferencia explícitamente a la madre, con la perspectiva de que el reparto que ella hará de la suma recibida tendrá en mejor consideración a todos los miembros del hogar, en especial a los niños.

El impacto del supuesto de reparto igualitario puertitas adentro del hogar sobre la desigualdad es claro: al ignorar las diferencias intra-hogar la desigualdad es subestimada. Supongamos un ejercicio hipotético en el que en cada hogar los recursos se distribuyen de manera sesgada hacia el jefe de hogar de una forma concreta: hay un “impuesto” sobre el ingreso total del hogar que se asigna enteramente al jefe, mientras que el resto del ingreso se reparte igualitariamente entre todos los miembros de la familia. Bajo el supuesto de completa igualdad intrahogar el cociente de ingresos entre deciles extremos en Paraguay en 2007 era de 42.9. Ese indicador de desigualdad aumentaría a 45.5 con un “impuesto” para el jefe de 10%, y a 61.7 si la distribución intrahogar estuviera fuertemente sesgada hacia el jefe con un “impuesto” del 30%. La magnitud de estos valores sugiere que el supuesto de igualdad intrahogar puede no ser inocuo en la práctica, y alienta a investigar más sobre el tema.

Migraciones

Migrar es una de las decisiones más fuertes que toman las personas para cambiar su situación social. Cuando el lugar natal no ofrece oportunidades, algunos deciden probar suerte en otras tierras. La perspectiva de movilidad ascendente justifica en estos casos la toma de riesgos, en algunos casos extremos. Todos hemos visto imágenes de familias que se arriesgan en botes precarios al mar, o a cruzar desiertos encerrados en camiones con la modesta perspectiva de un empleo de baja calidad en el país receptor.

Pese a que la migración externa es la que recibe prensa y atención política, no es la mayoritaria. Durante 2018 en promedio en América Latina el 91% de la migración fue interna, entre distintas regiones y ciudades de un mismo país. En algunos países, la migración extranjera es de hecho minúscula: 4% en Bolivia, 2% en Honduras, 1.3% en Brasil.

En el mundo actual, la unidad política central es típicamente la *nación*, y no unidades menores como la ciudad, o mayores como un continente. Los conflictos y acuerdos son entre naciones, el mundial de fútbol y los juegos olímpicos tienen representantes nacionales, en el exterior nos reconocemos como argentinos, venezolanos u hondureños, y no como platenses (el gentilicio de mi ciudad, La Plata), caraqueños o tegucigalpenses. De la misma forma, lo que se discute y preocupa es en general la distribución del ingreso entre las personas de una nación, y no de un continente. En ese sentido, las migraciones internas son de una relevancia pública menor. Las miradas están sobre las migraciones externas: los mexicanos en Estados Unidos, los turcos en Alemania, los nicaragüenses en Costa Rica, los haitianos en República

Dominicana, los bolivianos en Argentina, más recientemente los venezolanos en Colombia, Brasil o Argentina.